

Español a la actualidad, y, cumplida la restauración, se anuncia su reapertura para el próximo otoño.

Era interesante ver hasta qué punto la condición política del nuevo Ayuntamiento madrileño incidía en la solución del problema. Y justo es decir, en honor de Tierno Galván y de su equipo, que los acuerdos y declaraciones sí la han puesto de manifiesto. Primero, en la decisión de alzar el telón el próximo otoño; es decir, de rescatar la utilidad pública de la sala lo antes posible. Segundo, en aceptar de plano que una programación cultural, ofrecida en las debidas condiciones y con una política de precios abierta a la mayoría, ha de ser obligadamente gravosa. Y tercero, en pactar con el Ministerio de Cultura una cogestión del teatro, compartiendo el déficit, sin renunciar —como ocurrió en un largo período anterior— a influir decisivamente en la marcha de un teatro que le pertenece.

El acuerdo, firmado por el Ministerio de Cultura y el Ayuntamiento, supone la creación de un Patronato formado por un número paritario de representantes. El Patronato designará un director, quien, con un funcionario de cada una de las partes, constituirá la Comisión Gestora, encargada de la administración económica y artística del teatro. El déficit será cubierto, consecuentemente, por Ayuntamiento y Ministerio al 50 por 100.

A partir de ahí se sabe poco.

El teatro Español.



Entre otras cosas, porque aún no ha sido designada esa Comisión Gestora. Pero está claro que el Ayuntamiento intentará subrayar la "municipalidad" del teatro, su activa vinculación al vecindario madrileño, sin la menor confusión con el Centro Dramático Nacional.

El primer año es el menos problemático. Sabido es —y en estas páginas lo hemos denunciado más de una vez— que hay varios Premios Lope de Vega pendientes de estreno. Escritos por personas —Miras, Martín Recuerda, Vallejo, Fernán-Gómez— que son hoy importantes en el panorama teatral español, aunque en el caso del excelente actor haya que decir que se trata de una novedad, quizá no demasiado inesperada si pensamos en la personalidad de Fernán-Gómez. Los cuatro títulos esperan, y es del todo justo que el Español empiece su nueva vida dándoles la satisfacción que, de acuerdo con las bases del Premio, les debe, arrancando con el estreno de "De San Pascual a San Gil", que El Búho presentó ya, en una especie de breve pretemporada, en el Real Coliseo del Escorial.

Los cuatro títulos son para la Comisión Gestora una obligación, pero, también, un respiro. Llenan el tiempo necesario para delinear una política teatral, para organizar una infraestructura de proyección popular, para elegir orientaciones, títulos y directores, para diseñar, en fin, los términos concretos de la nueva tarea. Una tarea que el acuerdo entre el Ministerio de Cultura y el Ayuntamiento de Madrid acaba de poner en marcha. ■ JOSE MONLEON.

DISCOS

Versión clásica de un clásico

Con emociones encontradas acogí la edición discográfica del año, la "Novena Sinfonía" de Mahler en versión de Carlo María Giulini (Deutsche Grammophon 2707097). De un lado, considero, como la mayoría, que Giulini es uno de los grandes directores de nuestra época; de otro, el súbito descubrimiento,



Carlo María Giulini.

gracias a su interpretación, de ese vasto Mediterráneo que es la "Novena" mahleriana, me daba la impresión de ser el resultado de una operación de marketing, no extraña en el mundo del disco. Para colmo, la mentada sinfonía no me parece la más resaltable de su autor; debo decir, por fin, que, a diferencia de muchos aficionados impacientes, he esperado para escuchar la grabación a que ésta se editara en España.

Los críticos, en el ejercicio de eso tan práctico que es curarse en salud, suelen soltar primero lo de que "la música habla por sí sola", para después hartarse ellos de hablar por la música. Más frecuente es esto en el caso de Gustav Mahler, autor cuya vida han hecho sus biógrafos apasionante, y cuya leyenda se ha revestido últimamente de ambigüedades por causa de la fascinación que ejerce el cine en los espíritus sencillos. Poner en música los pentagramas de Mahler parece ahora labor menos de músicos que de psiquiatras, filósofos cosmogónicos, sociólogos y otros comisarios políticos más o menos disimulados. No son conductas reprobables, y hasta pueden resultar divertidas, en tanto den simple testimonio de la personalidad de quienes las siguen; si es más discutible que traten de suplantar la de Mahler, labor que escapa a las dotes adivinatorias normales por mucho que don Gustavo se dejara de sí mismo al componer, que sobre todo se dejó música.

Contagiados o atemorizados los intérpretes activos por las teorías de quienes lo son frustrados, hemos tenido hasta la fecha muchas "lecturas" y pocas interpretaciones de la "Novena" de Mahler. Es explicable: la sinfonía llega casi al final del ciclo completo, y costoso es no ver en ella una reflexión. Qué sentido haya de darse a esa reflexión es el problema, y pocos, ni aun el legendario Klemperer, se han decidido por la solución que está más cerca, la indicada de dejar hablar a la música.

Giulini, en cambio, escoge de inmediato tal solución, y en su larga "Novena" la música fluye libre y como plácidamente, agradecida del alivio literario. La versión ha sido calificada de "humana": más amplio y exacto es hacerlo de "natural". La obra no parece el resultado de una suma de esfuerzos contrapuestos, sino algo cuyo desarrollo sigue la lógica de las cosas vivientes. El universo de sonidos o, mejor, un universo que es sonido, brota mágicamente, como eclipsada la orquesta que en realidad lo produce —nada menos que la impresionante Sinfónica de Chicago—. El mismo director, responsable del logro, queda inmerso en él, y la "Novena Sinfonía" de Mahler surge arrebatadamente elemental, no lejos de mundos musicales tan familiares como el de Tchaikowsky. Su sorpresa es que no hay sorpresas: es la versión clásica que estaba reclamando un clásico. ■ JOSE RAMON RUBIO.